

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 13

EL PIRATA DEL DESIERTO

16 pts.



El sheriff Carrigan pudo, por fin, dominar al sucesor del Pirata del desierto...

EL PIRATA DEL DESIERTO

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Clásicas», Gran Vía Layetana, 53 - Barcelona)

I

LLEGABAN hasta ellos los lúgubres aullidos de los coyotes mezclados con el silbido del viento y los cien rumores misteriosos de la noche. Pero sus expertos oídos no percibían ningún ruido sospechoso y alarmante que revelase la presencia de sus naturales enemigos: los representantes de la justicia.

Aquella jornada había sido óptima en extremo: diez terneros y media docena de caballos apresados al caer de la tarde en el rancho más rico de la comarca.

Rand y seis de sus hombres habían acompañado al magnífico botín hasta la otra parte de las montañas que limitaban el país, y ahora, agazapados en unos riscalas, entre zarzales y matorrales, esperaban el regreso de sus compañeros con la bolsa bien repleta.

No las tenían todas consigo, como vulgarmente se dice: no estaban muy seguros de que el *sherif* de Timboreo, el indomable y feroz Tom Carrigan, implacable perseguidor de los malhechores que merodeaban y asolaban aquella comarca, exterminando sin piedad a cuantos caían en sus manos, no surgiría a su paso como un fantasma, con varios subordinados, igual que en otras ocasiones.

Indudablemente debía ya de estar enterado de la última fechoría cometida por la banda del feroz Rand, el *Pirata del desierto*.

Ambos hombres, el uno personificando la justicia, el otro el delito, el uno encarnando el bien, el otro el mal, se profesaban un odio sin límites; ambos se habían declarado una lucha a muerte, una guerra sin tregua ni perdón.

Cuando al capitán de los bandidos le decía uno de sus secuaces que tal o cual compañero había desaparecido sin que nadie supiera cómo y cuándo, aquél se encogía de hombros y con rostro y acento sombríos solía decir:

—A ese amigo no lo veremos ya más y sólo Carrigan podría decirnos lo que ha hecho de él... Pero nosotros le pagamos en la misma moneda, practicamos el viejo *reñor ojo por ojo y diente por diente*...

—Y cuando uno de los suyos cae en nuestro poder, le ajusticiamos... ¡Nada más natural! Puesto que la justicia nos persigue y extermina, nosotros aceptamos la lucha y ahorcamos a sus hombres...

Esta era, con pocas variantes, la oración fúnebre que el capitán Rand solía pronunciar cuando perdía uno de los aventureros que formaban su pandilla.

En conjunto integraban ésta una veintena de hombres, jóvenes, audaces, que arrojaban impávidos los peores riesgos.

El teatro de sus iniquidades y fechorías era bastante extenso, por lo cual Tom Carrigan sostenía con

desventaja aquel duelo encarnizado y feroz contra unos enemigos que no sabía nunca de una manera cierta dónde se hallaban y cazarlos.

El país, antes de la línea roja en que se extendía el desierto inmenso e inhóspito, abundaba en montes y colinas y espesa bosques que brindaban un refugio seguro a aquella gavilla de desalmados.

La noche en que comienza nuestro relato, Rand sentía una inquietud que en vano se esforzaba en ahuyentar de su tenebroso ánimo.

Dotado de un temperamento frío y sereno, agitábalo una extraña y rara excitación. No es que temiera un encuentro y, por lo tanto, un choque, un *foquen* con los hombres de Carrigan.

El sitio en que se hallaba al acecho no podía ser mejor. Si sus ojos de halcón divisaban a sus sempiternos y naturales enemigos, antes de que éstos tuvieran tiempo de requerir sus rifles o sus revólveres, caerían sin vida unos cuantos de ellos.

Y en esta clase de luchas, en que los contendientes emplean un coraje y una ferocidad salvajes, quienes atacan primero y de improviso, tienen casi asegurada la victoria.

— ¡Daría cualquier cosa—dijo de pronto Rand a los hombres apostados a su lado—para que ahora mismo apareciera ese maldito de Carrigan con una docena de secuaces!

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando uno de los suyos, al que apodaban el *Buho*, porque sus ojos verdes y fosforescentes tenían la facultad de ver en las tinieblas de la noche tanto como de día, murmuró en voz baja:

— ¡Alguien anda por allí!

Y extendió la mano en determinada dirección.

— ¿Por dónde?—preguntó Rand.

— Por los zarzales de la *Roca de las Colebras*—respondió el interrogado.

«He visto destacarse una sombra entre las penumbras de la noche...»

Rand irguió su alta figura, separóse unos pasos de sus compañeros y dando la cara al viento, escuchó unos momentos.

El aire no llevó a sus oídos el más leve rumor. Entonces se tendió en el suelo, aplicando contra éste su oído avizor.

Pero tampoco percibió nada que le revelase la presencia de un ser humano.

Sin embargo, no dudaba de que el *Buho* había dicho verdad, pues no se equivocaba nunca en circunstancias parecidas.

Quizás no se hubiese alejado del apostadero en que se hallaba con su gente, de no mediar la circunstancia de que a poca distancia del lugar indicado por el *Buho*, estaba situada una de las guaridas en que solía guarecerse su cuadrilla en aquel paraje.

Una enorme roca obstruía la entrada de aquella mandra y la ocultaba a la mirada de los viajeros que cruzaban por delante de ella, a pie o a caballo.

Pero el ingenuo peñasco, para remover el cual habrían sido menester las fuerzas de veinte blancos, estaba provisto de un secreto mecanismo, merced al cual un solo hombre podía hacerlo girar sobre su base y entonces quedaba al descubierto en la roca viva una ancha hendidura.

¿Es que Carrigan se había enterado del modo que se podía entrar en la madriguera?

En tal caso, seguramente lo acompañaban en la nocturna excursión numerosas fuerzas.

Rand volvió junto a sus hombres y les dijo en voz baja:

— Voy a ver quién anda por ahí abajo! En cuanto oigáis un disparo, preparaos para luchar!

Dada esta orden se alejó, con el arma en la mano, encorvado el cuerpo, deslizándose por entre la maleza, sin hacer más ruido que el



Neels y su sobrinita

que hubiera podido hacer un leopardo.

Unos minutos después, arazapado tras unos arbustos, divisaba una figura humana apoyada contra la roca, cerca de su antro.

Rand sintió un fuerte impulso de acobardarse a balazos al desconocido, pero cambió repentinamente de parecer.

—¡Alto! ¿Quién vive? — gritó con voz imperiosa.

El hombre a quien iban dirigidas estas palabras salió al estrecho camino que se prolongaba encimando la montaña y, sin responder a sus palabras permaneció unos segundos con la cabeza vuelta hacia el sitio de donde provenía la voz y meneándola, como un perro que vetea la caza.

En la obscuridad, la voz irritante e imperiosa del capitán de ladrones, volvió a decir:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—¡Gente amiga!

—¿Quién eres? ¡Contesta pronto bien si no quieres caer patas arriba!

—¡Soy Gibs!

—¡Tú!

—¡Sí, yo!

—¿Qué quieres?—preguntó ásperamente Rand.

—Hablar contigo!

A estas palabras siguió un corto silencio.

—¡Me haría más del mismo Judas que de ti!—declará en la obscuridad el jefe de bandoleros.

—No tengas miedo...

Interrumpióle una especie de alido.

—¿Yo miedo de ti, husardo, mezcla de chacal y de coyote?—rugió Rand.

—No te enfades sin motivo... se excusó humilde el llamado Gibs.

—¡Te conozco bien! No he querido ofenderte, sino decirte que nada malo debes temer de mí!

—¿Quién puede tener confianza en un malvado de tu ralea?

—¡En esta ocasión, tenla tú y acúchame! ¡Lo que largo que hablarte te interesa mucho! Si me desprecias, si me rechazas, si te niegas a saber lo que yo también sé, no tardarás en arrepentirte...

Seguó otra pausa.

Por fin, la poderosa voz de Rand resonó en la noche:

—¡Acércate, pero con los brazos en alto!

Gibs obedeció, trepando como un reptil por la escarpada pared. Una vez arriba, y con los brazos levantados, preguntó:

—¿Dónde estás?

—¡Aquí!—respondió Rand asiendo con puño de hierro un brazo de su interlocutor—. ¿Qué quieres?... ¿Qué tienes que decirme?

—Primero, hacerte una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Estás dispuesto a admitirme entre vosotros?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tienes madera de traidor, y a los traidores no los quieren ni en el infierno... ¡No es ésta la primera vez que me pides formar parte de mi cuadrilla... y siempre me he negado!

—¡En tal caso, nada tenemos que hablar, Rand! ¡Suelta mi muñeca y buena suerte!

—¡No te suelto! ¡No te irás de aquí sin decir a qué has venido, y como barrunto en tus labios una mentira, le encenderé los sesos!

Sabía Gibs que Rand era capaz de cumplir su amenaza y, sin embargo, todavía se resistió a obedecerle, diciendo:

—¡Puesto que me aborreces y desprecias y me negarías la sal y el agua, nada de lo que pueda decirte mis labios debe interesarte!

—¡Cuidado, Gibs, cuidado, porque te separa del infierno un salto de pulga! ¡No me obligues a hacerte dar ese salto! ¡Habla y di la verdad, si puedes!

—¡Claro que puedo! Pero la verdad que vas a saber te parecerá muy amarga, muy terrible.

«¿Estás solo?—añadió dirigiendo en su derredor una mirada escudriñadora.

—Eso no es de tu incumbencia... ¡Habla!

—¡Seis de los tuyos han caído en una emboscada que les ha tendido Carrigan!

Resonó en la noche un alarido que parecía salir, más que de una garganta humana, de las fauces de una fiera.

—¡Qué dices? ¡Mientes!—bramó luego Rand apretando con tal fuerza la muñeca de Gibs, que éste no pudo por menos de quejarse.

—Me haces daño, qué fuerza tienes!

—¡Si tengo la fuerza necesaria para aplastar a un reptil como tú!

—vociferó—. ¡Has mentido! ¡Has mentido para averiguar algo que luego venderías por un puñado de monedas al mismo Carrigan, mi peor enemigo!

—¡No crees, insensato Rand?

—Sí.

—Pues bien, obra en consecuencia, saltándome la tapa de los sesos... ¡Quizás fuera mejor para ti y para mí!

No dejaron de surtir estas palabras el efecto que con ellas quería causar Gibs.

—¡Habla claro! ¡Por qué sería mejor para ambos que yo librara al mundo de tu ponzoña, de tu perfidia, de tu vileza...?

Sonrió Gibs de un modo maligno.

—¡Pardiez! ¡La respuesta es bien sencilla, Rand! ¡Yo me conozco bien! ¡Sé que soy un malvado, un bandido, un hombre malo, un condenado a vivir siempre de un modo infame y horrible!... ¡Otro tanto se podría decir de ti!...

«Pero existe una diferencia entre los dos, ésta: A mí no me importa ni puede impresionarme nada de lo que ocurra en este cachito de mundo en que luchó y aborreció, y quizás estire la pata de un balazo o colgado de un árbol, ya lo que ocurra sea obra de Dios o del diablo...

«En cambio tú no puedes decir lo mismo. ¡Y cuando te enteres de lo que sé yo, tendrás un infierno en el corazón y el alma!

—¡Ira del cielo! ¡Ese infierno ya



Estaba Neels exhausto de cansancio.

empieza a abresarme la sangre!
¿Qué es lo que tú sabes?

—¿Quieres mucho a tu hijo, a tu pequeño, vivaracho y lindo Dick?

Invadió una palidez de muerto las facciones del capitán de ladrones, relampaguearon sus negros ojos de un modo siniestro, y pateando el suelo con coraje, balbuceó:

—¡Mi pequeño Dick! ¡Mi hijo! ¡Si lo quiero, me preguntas?

—Sí.

—Demasiado sabes, infame, que ese dulce e inocente muchacho es lo que yo más quiero en el mundo! ¡Y él me adora!... ¡El no sabe que yo, su padre, soy un capitán de bandidos, y no lo sabrá jamás!

—¡Ah, Rand, te compadezco! ¡Tu hijo a estas horas ya sabe la vida que llevas, ya sabe que eres un malhechor a quien la justicia ahorcará un día u otro!...

Profirió el bandido un grito que semejava el rugido de un león herido.

—Si fuese mentira lo que dices... —dijo rechinando los dientes.

—Por desgracia es una verdad... no la verdad completa... pues me falta aún algo que revelarte... ¡Escúchalo con valor!

La ansiedad más dolorosa se pintaba en las rudas facciones del *Pirata del desierto*, quien, incapaz de pronunciar una palabra, porque sentía su garganta escujada como si se la apretase una mano de hierro, fijó en Gibs sus centelleantes ojos, con expresión interrogadora.

—Poco me resta por decirte. De tu pequeño se ha apoderado uno de los hombres de Carrigan, el más fuerte, el más audaz, el más bravo de todos... y quiere ahijarlo.

Se oyó una carcajada espantosa, no ya de ira, sino de locura.

—¿Conoces el nombre de ese hombre?

—Sí.

—¡Dímelo!

—El padrino de tu pequeño se

llama Neels! Es un mozo arrogante y de hermosa figura que no contará más de veinte años...

«¡Un bravo hombre! ¡Más bravo que el propio Carrigan! El solo ha sido quien ha exterminado a tus hombres al salir del *Cañon de los Cóndores*, con la manada de terneros y potros. ¡Qué puntería, que coraje y qué serenidad la de ese mozo!

Rand no parecia oír lo que hablaba el odioso y siniestro Gibs, cuyo carácter era tan ruin, hajano y felón, que a los malhechores más empedernidos de la comarca aceptaban su trato.

Parecia absorto en pensamientos de otra índole... A su mente se agolparon en vertiginoso tropel lejanos recuerdos...

—¡Neels! ¡El hermano de ella! ¡No puede ser otro! —murmuró—. ¡Esa es su venganza! ¡La maldición comienza a cumplirse!

Y con el rostro convulso de terror, respirando afanosamente, el *Pirata del desierto* permaneció inmóvil, silencioso, mirando con expresión angustiada la trágica máscara de la noche.

La voz de Gibs arrancóla de su abstracción, librándole de la especie de alucinación que padecían sus sentidos:

—¿Crees que han dicho verdad mis labios o no? —preguntó el execrado personaje.

Rand no contestó más que la siguiente palabra:

—¡Vete!

—¿Te niegas, pues, a admitirme en tu cuadrilla?

—¡Vete! —repitió aquél amenazadoramente.

Gibs no quiso, por tercera vez, oír el mismo mandato, y unos momentos después su figura se fundía en las tinieblas de la noche.

Apenas se reunió Rand con sus hombres, comprendieron éstos por lo boscó y sombrío de su semblante, por el fiero y salvaje brillo que

despedían sus palabras, que ocurría algo terrible.

—¡Hemos perdido a varios compañeros, a los valientes compañeros cuyo regreso esperábamos en vano aquí esta noche!

«¡Todos ellos han sucumbido en una emboscada! ¡Su muerte será vengada!

Un enfurecido griterío de maldiciones e imprecaciones resonó en la montaña.

El *Pirata del desierto*, dominando las rúcas y vociferando vociferaciones de sus hombres, ordenó:

—¡Silencio y escuchadme atentamente! ¡A partir de este momento, nuestra banda cambiará de táctica! La certeza de que en un corto plazo de tiempo Carrigan y su numerosa hueste de sabuesos acabarían por exterminarnos a todos, poco a poco y a mala salva, me obliga a adoptar ciertas precauciones que garanticen nuestra libertad y nuestra vida...

«La madriguera en que nos guarecemos esta noche, situada al pie de esta montaña, será en adelante nuestro único refugio... Escondidos en ella, seguros como en una inexpugnable fortaleza permaneceremos cierto tiempo.

«¿Cuánto?

«Eso depende de las circunstancias. ¡Tal vez unos días, quizás algunas semanas! Durante ese plazo no daremos en ninguna parte la más leve señal de vida... suspendiendo el ejercicio de nuestra arriesgada profesión en la que tantas ve-

ces hemos visto la muerte de cerca!

«De este modo creará Carrigan que hemos desaparecido y huido, que ha librado a las gentes honradas de nuestra peligrosa vecindad y limpiado la comarca, como él dice, de toda clase de alimañas.

«¡Pero pronto, cuando menos lo imagine, saldrá de su error, que tan fatal ha de serle, pues él ha de ser la primera víctima, su muerte la primera venganza por los compañeros que hemos perdido!

«¡En tanto, yo viviré separado de vosotros, cumpliendo en la sombra una obra de odio sagrada!

«Quizás me presente con frecuencia en vuestra manida para requerir vuestro auxilio, daros alguna orden o haceros una advertencia...

«Pero si transcurrieran varios días sin que me viesen vuestros ojos, no os alarméis pensando que he tenido un percance!

«¡Es verdad que nadie tiene la vida segura ni le es dable descender el denso velo del porvenir! Sin embargo, cuando se meditan y calculan bien las cosas, cuando se está alerta siempre, es muy difícil que a uno lo sorprenda y lo abata la desgracia...

«Nada más tengo que deciros ahora. ¡En marcha, amigos míos!

Silenciosos y sombríos, los forajidos echaron a andar tras de su jefe y un cuarto de hora después desaparecían todos en la gruta que se adentraba en las entrañas de aquella montaña...

II

Gibbs había referido con estricta verdad los hechos que tan completo trastorno produjeron en el *Pirata del desierto*.

Necesariamente nosotros mucho

más espacio del que requiere la brevedad de nuestro relato para referir lo concerniente al inocente y desdichado Dick.

¿Qué interés tenía Neels en apo-



La joven y desdichada hermana de Neels gozaba la ineluctable dicha que sólo conocen las madres...

derarse del pobre niño y en substraerlo a la funesta influencia de su progenitor?

¿Por qué Rand con sólo oír el nombre del hombre que le había arrebatado su tierno vástago había demostrado tan intensa angustia, tan completo abatimiento y, al mismo tiempo, un espanto tan profundo?

¿Que significaban las escasas palabras que balbuceaban sus temblorosos labios?

Vamos a satisfacer la curiosidad de nuestros lectores con la mayor concisión posible.



—¿Te gustaría venir conmigo?

EL PIRATA DEL DESIERTO

Interpretación del famoso caballista



T O M

T Y L E R

Rand le amenazó con el revólver

Para ello hemos de retroceder siete años y trasladarnos a la bella ciudad de Reno, famosa hoy en el mundo entero por la facilidad con que sus magistrados conceden el divorcio a cuantos conyuges anhelan separar sus vidas porque el lazo del matrimonio les oprime y agobia como una tonelada de cadenas.

En ella residía el austero y respetado funcionario Neels, que a la sazón frisaba en la cincuentena y cuyo vivir era apacible, sossegado y dichoso.

Una preciosa joven de diecisiete años, la más bella y fragante flor que se haya crecido bajo el cielo del Oeste, y un guapo muchacho de



El sheriff Carrigan resultó herido de gravedad.

quince años constituían el encanto, el embalseo y el orgullo de su existencia.

Pero su felicidad y satisfacción llegó a ese extremo en que los mortales quisieran tener el poder de destruirlo, cuando su preciosa Mary, rendida de amor, completamente conquistada por la varonil prestancia de cierto mozo que llevaron a lleno obligaciones de su negocio, le anunció con voz temblorosa de emoción y el rostro teñido de dicha, la visita de su novio.

La boda había de celebrarse den-



La muchacha le describió cómo era aquel sospechoso sujeto...

tro de un mes. Se acercaba la fecha memorable y augusta... y Mary casi tenía miedo de la sobrehumana dicha que llenaba todo su amante ser... Creía un sueño, un hermosísimo y maravilloso sueño aquella realidad...

Una tarde (dos días después tendría lugar la boda), regresaban el señor Neels y su preciosa Mary a casa, luego de dar un paseo, cuando les llamó la atención un grupo de gente congregado junto al portal de su casa...

Todos hablaban animadamente, pero a medida que se acercaban el padre y la hija, iban enmudeciendo todos los labios...

¿Qué ocurre?—preguntó Neels.

Pero su pregunta quedó sin respuesta, y este silencio produjo en la enamorada novia un dolor tan agudo como si le hubiese atravesado el corazón una finísima aguja.

¿Por qué la miraban todos los ojos con tan evidente expresión de lástima?

Pero, señores, ¿qué ha ocurrido aquí?—volvió a inquirir el señor Neels.

Alguien respondió:

Como de todas maneras han de saberlo ustedes, voy a decírselo... Los malos tragos hay que pasarlos pronto! ¡Pues hubiera sido que se enterasen ustedes después de la boda!

—Virgen santa!—murmuró Mary llevándose ambas manos al pecho jadeante—. ¿Qué dice usted? ¿Por qué nombra mi boda? Santo cielo... ¿qué voy a saber?...

—Valor, señorita! No es usted, ciertamente, la primera mujer, ni será la última a quien un hombre infame y vil engaña del modo más miserable...

Escapóse un lamento de la garganta de Mary, que más que el grito de un corazón parecía un lamento de agonía, y su estatuario cuerpo vaciló.

La sostuvo su padre, pálido co-

mo un sudario... y luego alguien refirió lo ocurrido.

El padre y la hija escuchaban sus palabras como si fuesen un eco del mismo infierno.

El novio de Mary era un vulgar y peligroso malhechor a quien la policía le seguía el rastro hacía tiempo, y habiéndolo descubierto aquella tarde, lo prendió en el portal mismo del domicilio de su novia...

Mary no pudo enterarse de nada más.

Nueve meses después, en una solitaria casa de campo, entre gritos de dolor físico y ayes del alma, Mary, la bella flor del Oeste, ajada y truncada por el vendaval de la desdicha, daba a luz a un precioso niño...

Su seductor se llamaba John Rand... Estaba en libertad, habiendo escapado del presidio, y tuvo el cinismo de hacer llegar a manos de su víctima una carta... ofreciéndola llevarla al altar de Dios...

—(Infame, malvado demonio de mi vida!—exclamó Mary— ¿Que Dios te castigue como mereces!... ¡Si ni a este inocente ser que he puesto en el mundo, por llevar tu sangre, lo querrá mi corazón... ¡Cómo!... ¡Oh Dios de bondad, perdóname lo que iba a decir! ¡No es verdad! ¡Yo amo a ese pedazo de mi ser con todo mi corazón y toda mi alma!... ¡Encanto mío! ¡Vida mía! ¡Yo seré para ti la más ahogada de las madres!

A continuación llamó al aya, una bondadosa y sencilla mujer que cuidaba al misero niño, ordenándole que le trajese a su hijito...

La pobre Mary oyó un grito en el aposento en que debía estar su angelito y, dotada de una repentina y milagrosa energía, abandonó el lecho.

La criatura había desaparecido...

Aullando más que gritando, como una leona, Mary llamó a su hijo, abandonando la rústica morada,

corriendo tras un hombre que huía con un envoltorio en brazos.

Aquel hombre era el malvado Rand. Le esperaba un auto que partió como el rayo, mientras una pobre madre caía de bruces al suelo, y en él quedaba inerte, muda, como sin vida.

Poseyendo al niño, Rand imaginaba tener también a la madre... ¡pero habían transcurrido seis años sin que se cumpliesen los ruines anhelos de su alma deforme y malvada!...

La lectura, en un diario, de las fechorías cometidas por la banda capitaneada por el *Pirata del Desierto*, y la descripción que de este malhechor le hiciera el mismo Carrigan, a cuyo padre y al de Neels les unía una antigua y leal amistad, despertó en la mente del valeroso hermano de Mary la sospecha de que quizás aquel bandido y el miserable seductor de su hermana eran la misma persona.

Entonces, con el afán de proporcionar a la infeliz Mary la dicha más grande y santa que anhela el corazón de toda madre, o sea estrechar contra el al ár salido de sus entrañas, cuidarlo, acariarlo, darle, si es preciso, hasta la última gota de sangre, y el último suspiro, se alistó en las huestes del formidable *sherif*.

Al cabo de dos meses, con una alegría que no podría expresar nuestra pluma, descubrió el castro del terrible y execrable forajido.

El miserable penetró en una de las primeras casas de las afueras de la ciudad, situada cerca de un monte.

Dos horas después se alejaba de allí en su veloz caballo.

Neels necesitó hacer un sobrehumano esfuerzo para ahuyentar de su espíritu la loca codicia de matar que lo invadiera al ver a Rand... y, al mismo tiempo para no delatarlo a la justicia...

—¡Ah, miserable!—se dijo para sus adentros—. ¡Un ángel te salva! ¡Por ahora!

Cuando hubo desaparecido de vista, Neels penetró en la sencilla morada. Su corazón palpitaba tan tumultuosamente que sus oídos percibían sus latidos.

Salió al encuentro una mujer algo entrada en años, que apenas divisó en el amplio pecho del visitante la insignia de su autoridad palideció densamente.

—No se sobresalte usted, buena mujer!—dijo el hermano de Mary.

—Porque ningún peligro la amenaza. Por lo tanto, hableme sin temor alguno, pero con absoluta verdad... De esta casa acaba de salir un hombre terrible... un malhechor a quien la ley persigue... ¿Lo sabía usted?

—Yo, señor...—balbuceó la infeliz persona.

—¡Sí, lo sabía usted! ¡Tranquílicese! Por lo que más respeto y quiero en el mundo, yo le juro, que por ese motivo no sufrirá usted el más leve disgusto.

En aquel momento acudió corriendo un precioso niño, con los ojos agrandados por la curiosidad.

Verlo Neels y abalanzarse hacia él gritando:

—¡Dick! ¡Querido niño! ¡Sí, sí! ¡Su cara es la misma que la de su desventurada madre! —fué todo uno.

Al mismo tiempo, levantó en sus robustos brazos al pequeño, cubriendo de besos su guapo semblante.

El muchacho le preguntó:

—¿Quién eres?

—Un hombre que te quiere mucho, precioso!

—¡Un *sherif*!—dijo el niño cogiéndole el broquel que relucía en su pecho.

—Sí...

—¡Oh, qué miedo le tendrán los ladrones!—exclamó el zagalillo con un desparpajo encantador.

—¿Querías venir, amigo?

—Se enfadaría mi papá...

—¿Quién es tu papá, monín?
 —El hombre que se ha marchado de aquí, ahora, y me ha traído un fusil y un revólver para matar ladrones!...
 —¿Lo quieres mucho?
 —Sí, sí. Y mi papá me quiere mucho también... —declaró Dick.
 —¿Yo conozco una persona que te quiere más?
 —¿Quién?

—¿Tu mamá?
 —Yo no la conozco... ¿Yo no tengo mamá? Mi papá dice que se murió...
 —¿No, no! ¿Tu buena mamá vive, querido Dick. ¿Quieres verla?
 No le costó poco trabajo convencer al niño para que se dejase llevar, contento y confiado... La mujer que lo cuidaba ayudóle en esa tarea...

III

Como se comprende, Rand, calculando un peligro que no existía, no se atrevía a visitar la morada en donde Neels se apoderó del hijo de su hermana.



Neels abrazó a su hermana, vestida de cow-boy.

Creda que apostados y al acecho en las cercanías de aquella casa, lo esperaba una cohorte de guardias para cazarlo.

Convenientemente disfrazado dos días después veía a Neels y al aviado y guapo Dick entrar en el edificio que ocupaba el *sherif*.

Un rugido de cólera se escapó de su pecho. Las ideas más desesperadas y disparatadas cruzaron por su mente.

Para llevarlas a cabo y recobrar al propio tiempo a su pequeño, encintóse, jinele en un caballo, a su madriguera.

Allí convendría con sus secuaces la mejor manera de llevar a cabo la empresa que le obsesionaba. Jamás golpe alguno, en su larga y azarosa existencia de delincuente, tuvo para él la importancia del que ahora quería intentar y tampoco ninguna de sus hazañas revisió tan grave peligro...

Raptar a Dick de la mansión del propio *sherif*, no equivalía a meterse el mismo en la boca del lobo?

Mientras rumiando estos pensamientos, acortaba la distancia que existía hasta el refugio de sus compañeros, el *Pirata del desierto* creyó percibir el lejano ruido de un galope de caballo.

No tardó en comprobar, deteniend-

do la marcha del ayo, que así era en efecto.

Sus avizoras pupilas reconocieron en seguida quién era el jicote.

Crispó su rostro una contracción de odio y murmuró:

—Es él! ¡Es Neels! ¡El infierno me lo envía!

IV

Unos minutos después, agazapados en unos peñascos que bordeaban el camino, tres bandidos esperaban al paso del hermano de Mary.

Y cuando el rumor de las pisadas del corcel que cabalgaba les reveló su presencia, salieron a su encuentro, encañonándole los revólveres.

—¡Pie a tierra y brazos en alto! —le ordenaron.

El intrépido mozo sonrióse con desprecio, siquiera no quiso desobedecer.

Pero apenas pisó el suelo y uno de aquéllos le echó un lazo a su fornido cuerpo, asestó a los otros dos maldices unos fulminantes puñetazos.

Rodó por el suelo uno de los agredidos. El bandido que manejaba el lazo dió un tirón, cuya violencia no pudo resistir Neels y cayó al suelo.

Entonces se trabó entre el valeroso mozo y sus rivales una furiosa lucha, en la cual perdió el revólver.

Le extrañó sobremanera al hermano de Mary que aquellos bribones no hiciesen uso de sus armas. Les conocía bien y sabía cuán poco valer tenía para ellos una vida humana. ¿Por qué respetaban la suya?

No podía imaginar que obedecían la orden que les diera su jefe...

—¡No lo matéis! —les había dicho—. ¡Sois tres contra uno, lo pi-



Neels se llevó al niño...

haréis descuidado y por bravo que sea no tendrá más remedio que rendirse! ¡Cogedlo y luego de aturlo de pies y manos lo traeréis aquí!

«De lo que después suceda, ya me encargaré yo.

Apenas se quedó solo el Pirata del desierto, murmuró:

—Cuando esté en mi poder, Mary me obedecerá... Entonces... ¡Ah, cuánto la quiero aún!

Lleno el corazón de ansiedad esperó el regreso de sus cómplices durante media hora, que se le antojó eterna.

Por fin aparecieron aquéllos, con el espanto reflejado en sus brutales rostros.

—¡Viene la gente del *sherif* por acá! —dijo uno de ellos.

—¿Dónde está el prisionero?

—Lo hubimos de dejar atado de

pies y manos entre unos matorrales. ¡Trabajo nos costó dominarlo! ¡Tiene más fuerza que un toro!

—¿Habéis cerrado la entrada?

—Sí.

—Pues tranquilizaos, que aquí no entrarán esos hijos de perro aunque busquen hasta el día del Juicio Final.

¡Malo es que sepan nuestro escondrijo!

—Sin duda el traidor Gibs es

quien les ha enterado—dijo Rand. —En cuanto le eche la sarpa encima, lo estrangulo!

Era verdad. Carrigan, al mando de una docena de jinetes se presentó en la madriguera de los forajidos sin descubrirla.

Pero su pesquisa no resultó infructuosa, pues libertó a Neels.

Luego, convencido de que la sinistra cuadrilla tenía allí su guarida, regresó a la población.

V

Cuatro días después llegaba a Timbopo la hermana de Neels, radiante de felicidad porque iba a recoger a su adorado Dick.

Había hecho el largo viaje que la separaba de aquella población, a caballo, vestida de *cow-boy*.

Su hermano la acompañó a la morada del *sherif*, que sentía hacia Mary un afecto muy hondo, y aquella hospitalaria vivienda fué, para la desventurada madre, un verdadero rincón de dicha durante los ciertos días que en ella vivió con el ser nacido de sus entrañas.

Por fin se llegó al día señalado para el viaje.

Carrigan, antes de despedirse de la bellísima y joven madre, la aconsejó:

—Difíra usted este viaje, Mary, basta que yo la avise.

—¿Por qué motivo, amigo mío?

—No se lo digo para no asustarla.

—Entonces la duda me inquietará continuamente.

—Bástele saber, Mary, que la hago ese ruego pensando en su propio bien. En una palabra, es preciso evitar que le ocurra a usted, ahora, con su hijito, lo que le sucedió poco después de nacer...

«¿Comprende usted?

¡Ya lo creo que lo comprendía la joven madre!

Pálida como una muerta y con los ojos agrandados por el espanto, la hermana de Neels quedóse mirando a su protector.

Por fin, pudo balbucear:

—¿Pero de veras cree usted posible esa desgracia que no podría soportar mi corazón?

—Sí, Mary. El malvado sujeto que tanto mal le ha hecho, ronda por esta población... Pero no se alarme usted, porque yo le juro que caerá en poder de la justicia antes de lo que él imagina.

Mary, lleno el corazón de desfalleciente temores, suspendió su viaje.

En aquella ocasión, Carrigan, como de costumbre, había tenido cierto instinto. La tarde del día siguiente, Neels, paseando con Dick, encontróse con Rand, quien le encasilló su revólver. El muchacho escudó a su tío con su cuerpecillo, y el bandido, turbado, furioso y desesperado, no se atrevió a hacer fuego, huyendo como un loco.

Pero esta escena volvió a repetirse dos días después. Rand surgió como un fantasma ante Neels, y

también esgrimiendo el revólver le exigió la devolución del pequeño Dick. El hermano de Mary disparó el suyo, hiriendo mortalmente al *Pirata del desierto*, que expiraba a poco, murmurando:

—¡Perdón, Dios mío! ¡Perdón, Mary!

Toda la cuadrilla fué exterminada y ocho días después, Neels abra-

sando a su desgraciada hermana y a Dick, daba por terminada su misión.

Mary fué una madre feliz... y también su corazón conoció el amor de un hombre digno y valiente: el del *sherif* Tom Carrigan, con quien contrajo enlace seis meses después de su triunfo definitivo sobre la cuadrilla del *Pirata del desierto*.

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

EL CRIMEN IGNORADO

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. — Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

1. EL HURACAN DE TEXAS
2. CONTRA VIENTO Y MAREA
3. EL VALLE DEL MISTERIO
4. EL REY DE LOS JINETES
5. LOS PUÑOS DE TOM TYLER
6. LOS LOBOS DEL FAR-WEST
7. LA LEY DEL TORTAZO
8. EL CULPABLE
9. DE SEÑORITO A VAQUERO
10. EL «GAVILAN DE LA PRADERA»
11. LADRONES DE GANADO
12. EL VALIENTE

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Colección a usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 188 - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona